

Advertencia: Los Derechos de estas piezas están protegidos por las leyes de Propiedad Intelectual en todo el mundo. Todos los Derechos para su puesta en escena en Teatro, Radio, Cine, Televisión o Lectura Pública, están reservados tanto para compañías Profesionales como Aficionados. Los Derechos y permisos deben obtenerse bajo autorización escrita del autor.

[Para solicitar más información pulse este vínculo.](#)

CHOQUES

PERSONAS

Jose Luis.....	55 años
Carlos.....	30 años
Judith.....	23 años
Aurora.....	45 años

Escenografía: Una mesa y una sillas. Es más: las puras sillas. Sin el plural: una silla. No. Nada.

Luz: Para que se vean las personas. Nada más.

Tipografía: Nada de entre paréntesis, avisos de pausas y esas cosas.

Acotaciones: Ninguna. Que el director y los actores se encarguen. Para eso están.

I
EL VINITO
Jose Luis

Jose Luis:

Este cabron, ¿no lo oiste? Cuál de las dos, me pregunta. ¿No lo oiste? Ahorita que le dije que Judith era mis ojos. ¿No lo oiste?, cuál de las dos, me pregunta. Qué bueno está este vinito. Sírvete, no seas pichicato. Más, más, si se acaba pedimos otra. Qué chingón es esto de vivir bien. ¿A poco no?

Es que tu no te sabes la historia, ¿verdad? No sabes por qué este cabron me pregunta cuál de las dos. Platícale, cuéntale. Ya, pues, sí, sí, yo les digo. Resulta que un día, aquí en el restaurantito ese que está en el Centro Cívico, uno chiquito, chingado, donde parece que nunca va nadie, voy y me meto con una movida, una chamaquita que yo tengo, preciosa. Me meto ahí, pues huyendo, buscando el rincón ratonero, ya saben. Por cierto, había yo quedado de comer con mi vieja, pero el culito tierno me jaló y me valió madres. No, si hace uno cada pendejada por andar de pito flojo. No, no, tampoco empieces tu con que pobre Aurorita para acá y pobre Aurorita para allá, no me la hagas santa porque entonces el que se jode soy yo. Así como está, está bien, ajena al desmadre y feliz. Sí, feliz, cabrón, aunque no creas, porque no se te olvide que ojos que no ven corazón que no siente. Y de eso se trata, buey, lo que te estoy contando, lo de las dos Judits. De no ver o de plano de ver muy mal para no sentir. Muy orondo y muy chingón me meto. En cuanto estoy con un pie adentro, veo en una mesa a tres señoras cotorras, amigas de mi vieja. Lo primero que pensé fue “voy bien o me devuelvo a avisar”. Voy bien, me contesté; pues ya qué, ya estaba más ensartado que la chingada. Me siento, pido la carta y abro con un vinito muy bueno, un Cabernet Savignon de la Casa Domeq, esa cosecha ganó un premio en Europa, donde sí saben de vinos, no mamadas. Y hablando de: Sírveme, cabrón, no te hagas el administrador eficiente que no vas a pagar tu, metemos la nota a la oficina.

¿En que estaba? Ah, sí. Pues me pongo a comer y de reojo nomas viendo a las amigas de mi mujer que me tragaban y cuchicheaban, y ya se las pueden imaginar, “pinche viejo cochino, verde, satiro”. A mi me valió madre. Terminé de comer, pedí un postre –por cierto, ahí venden una tarta de manzana, buenisima, se las recomiendo-.

Por supuesto las ñoras no se habían ido, pura madre, les interesaba saber qué onda conmigo. Pues, si a a valer madres vamos, a mi tampoco me importó. Pedí la cuenta, pagué, tome de la mano a mi noviecita santa y me fui directo a donde estaban las cotorras. Sin mostrar maldad y sin nervios, a lo macho, órale: “Senoras, les presento a Judith”. Punto, como tapón en la boca. Se quedaron calladas un buen rato, como si les hubiera caído una bandeja de mierda. Hasta que una de ellas reacciona: “Ay, pero si es tu hija Judith, la que vive en Pensilvania. Mucho gusto mijita.”. Elogios por aquí y por allá. Yo nomás pensé “ya chingué” y no aclaré nada. Judith también calladita, gozando del equivoco. No hombre, al rato, afuera, nos cagabamos de la risa.

Nomas pa’ que vean, cabrones que importante es no mentir.... y que importante es no decir toda la verdad. No, no, no, no es cierto, yo no mentí. Yo nunca dije que era mi hija, fueron ellas las que dijeron. No empieces tu de carmelita descalza, cabrón, a preocuparte por Aurorita. De mi vieja me encargo yo. Para cuando vea a esa señoras, o se les olvido a ellas o yo le digo que sí las vi cuando Judith, ahora sí mi hija, vino de vacaciones, o cualquier madre invento. No hombre, cómo crees, no era el grupo de “Las pelonas”. No. Otras ñoras que ve mucho menos. Si ni con Las Pelonas se junta ya, menos con estas. El caso es que ese es el chistecito de este cabrón, cuando le digo que Judith son mis ojos, adoro a esa chamaca, es mi doble, somos igualitos, me adivina el pensamiento, no paramos de reir desde que nos vemos. A güevo que hablo de mi hija, no te hagas el chistoso tú también o ¿me vas a salir como este mamón con que no sabes “cuál de las dos”? Ay, güey, que bueno está este vino.

II MOTEL

Carlos y Judith

Carlos: ¡Ey, cabrón, espérate!

Judith: Carlos, cálmate. Te bajas corriendo como loco.

Carlos: Se va a ir, ¿no lo ves?

Judith: Pues es preferible que se vaya, al escandalo que estas haciendo.

Carlos: De todos modos, tengo memoria de elefante, tú sabes. Ya me aprendí las placas.

Judith: Ya, ya, pues, tranquilo. Fíjate, date cuenta, observa, donde estamos. Se llama motel. Mo-tel. Aquí a la gente se le ofrece tranquilidad, privacidad, para que haga sus cosas a gusto y despues se vaya y no pase nada.

Carlos: Pero si pasa: me choco, el pendejo. Ve, me quebro el foco, me rayó toda la caja.

Judith: Pues sí, Carlos, porque se espantó, no quiere problemas. Ve tú a saber quién es, en qué movidas anda. O qué piensas, ¿que la gente viene aquí a exhibirse, a pararse en los corredores a discutir, a negociar frente a todos el precio de las cosas? Lo único que se negocia aquí es la discrecion, ya te dije.

Carlos: Qué discrecion ni qué la chingada, yo voy a la administracion a ver qué tan seguido viene aquí ese pendejo.

Judith: No, Carlos, devuélvete, la gente ya se esta asomando por las ventanas. Estamos como en vitrina, diciéndole a todo mundo “mírenos, vinimos aquí a coger”.

Carlos: Pues como todos, qué tiene de malo.

Judith: De malo nada, pero de escándalo mucho. Ya, por favor, súbete al coche y vámonos.

Carlos: ¿Y el golpe?

Judith: Pues luego vemos. Ya, pues: yo te lo pago.

Carlos: No, mi amor, no me gusta que te gastes tu dinero en mí.

Judith: Son mis lujos, dejame. Más fue lo que nos costó.

Carlos: Sí, pero yo puse la mitad. Pinche gente: qué mitotera. La mitad, que no es poco.

Judith: Si no te estoy reclamando nada. Te digo, nos estamos exponiendo, esos de allá, parece que quieren hacer nuestro retrato hablado.

Carlos: ¡¿Qué traen, pendejos?!

Judith: Ay, Carlos.

Carlos: Qué “ay, Carlos” ni qué la madre. Míralos, santo remedio, ya se metieron los pendejitos.

Judith: No es tanto: el golpe ese se lo sacan rápido. Y el foco te lo compro en la agencia, para que no se vean parches. ¿Nos vamos?

Carlos: Pues ya qué: Vámonos. Ve nomás el rayon. Toda la mañana lo estuvé encerando; si he sabido.....

Judith: Ya, pues, ya. Vámonos.

Carlos: De todos modos, nomás de pasadita voy a preguntar por ese cabrón en la administracion.

Judith: Sí, está bien, está bien, si tú quieres. De todos modos no te van decir nada. Son las reglas. Pero ya vamonos.

Carlos: ¿Y si aprovecho de una vez y lo pinto de negro?

III
LA FAMILIA
Aurora y Jose Luis

Aurora: Se te hizo tarde, ¿no? ¿Dónde andabas?

Jose Luis: ¿Dónde iba a andar, mujer? En el trabajo; es cuento de nunca acabar.

Aurora: ¿Quieres que te caliente la comida?

Jose Luis: No, gracias, salimos a comer rápido ahí del trabajo, para regresarnos a la joda.

Aurora: Te había hecho caldo de res.

Jose Luis: Mañana me lo echo.

Aurora: Está bien.

Jose Luis: Me escribió Judith, te manda muchos besos. Se va a Amsterdam quince días. Lo de los chips que nos había dicho. Va a coordinar eso.

Aurora: Por cierto, el viernes que te fuiste al DF nos juntamos “Las pelonas”. Años sin vernos como antes, para el cafecito y el chisme. En casa de La Cuquis, fue la cosa. Hizo cena y todo; estuvo bien. La Twinki anda un poco mal, parece que tiene un tumor en el pecho. No le han dicho bien todavía, pero está espantada.

Jose Luis: Qué se cuide porque esas cosas son peligrosas.

Aurora: Sí, ya le dije. Además, debo estar más al pendiente. Luego me encierro y me olvido de la gente. No está bien, al menos no con las amigas de toda la vida.

Jose Luis: Pues, sí.

Aurora: Ellas sí se juntan mas seguido. Van al restaurantito ese del Centro Civico a chacotear. Van tambien otros grupitos. Dicen que a ciertas horas parece periquera. Ya sabes cómo somos la mujeres cuando estamos en el chisme.

Jose Luis: Eso sí.

Aurora: Siguen igual de locas, ¿eh?. Cómo les gusta el mitote. Ya les dije: “Oigan, ustedes se juntan para comerse a medio mundo. Mejor voy a venir a todas las juntitas porque cuando no estoy ya me imagino como me va.” ¿A poco no?

Jose Luis: Pues para que te metan en chismes, mejor no vayas.

Aurora: No, cómo crees, sí voy. Si no son malditas, lo hacen nada mas para reirse. Además, tengo ganas de conocer el restaurante ese, dicen que está bien. ¿Cómo se llama?

Jose Luis.- ¿Cual?

Aurora: El chiquito, el de comida francesa.

Jose Luis: Rendez- Vous le pusieron los mamones.

Aurora: No está mal: La cita. Para quedarse de ver. Ahí nos vamos a ver todas para desayunar el sábado. ¿Tú lo conoces?

Jose Luis: Sí. He ido varias veces. De hecho, una vez coincidí ahí con “Las pelonas”.

Aurora: ¿Y qué tal?

Jose Luis: ¿Qué tal, qué?

Aurora: Pues el ambiente, la comida, la pastelería, qué tal.

Jose Luis: Bien, fíjate. No está mal.

Aurora: Que sirven una tarta de manzana muy buena, dicen. A ver si vamos a comer ahí un domingo.

Jose Luis: Sí, no estaría mal.

Aurora: Está buena la comida, ¿no?

Jose Luis: Sí, muy rica.

Aurora: ¿Tú con quien has ido?

Jose Luis: Con diversas personas. Un día fui con el tesorero, otro día me quede ver con....

IV
EL INICIO
Carlos y Judith

Carlos: Se te notaba.

Judith: Ahora resulta.

Carlos: Sí, se te notaba. Además, querías que se te notara.

Judith: Estás loco. Inventas.

Carlos: Claro que no. Si no lo hubiera notado yo no me lanzo.

Judith: Ahora resulta que la niña envolvió al viejonote. Yo no cumplía los veinte, tu ya le andabas pegando a los treinta.

Carlos: ¿Y eso qué?

Judith: Pues eso: Que fuiste tú el que me invitó al cine y tú el que luego en la cena me empezaste a decir que yo acá y que yo allá.

Carlos: Porque se te notaba que querías. Me tirabas duro el calzón.

Judith: Ahora resulta.

Carlos: A lo mejor yo puse las palabras, pero la de los ojitos y la faldita y la carita de ingenua la pusiste tú. No te hagas.

Judith: Como haya sido, las reglas fueron claras desde el principio, afortunadamente: Un juego y nada serio. Puro placer y nada de dolor. Tú las pusiste.

Carlos: Sí, hasta eso, yo las puse. Pero se empieza uno a emboletar sin darse cuenta.

Judith: Pues sí, pero hay que volver a aquella platiquita del principio y ubicarse.

Carlos: Pues, sí. Pero estoy muy pendejo y se me olvida. El colmo es lo de Jose Luis, porque ni siquiera lo conozco.

Judith: Pues, sí, es el colmo. Celos. ¿Tu? ¿Y de él? Por favor.

Carlos: Pero lo tengo bajo control. Me queda claro. Nada de meterle sentimientos al placer. Son las reglas. Pero, ¿a poco a veces tu no sientes la necesidad de aplacarte y estar nomas conmigo?

Judith: Ni lo pienso porque pierdo. Así, como te lo digo. Ese supuesto no entra en mis pensamientos. Pintar, coger bien contigo, un poco de lana de Jose Luis y así podría morirme. No te niego que con el sueño guajiro de vender mi obra super cotizada. Así tendría lana para que tú estés bien y no falte placer. Sencillo.

Carlos: Estás cabrona, Judith. Algo te pasó antes, aunque lo niegues.

Judith.- Ni lo niego ni lo afirmo, simplemente no veo para atrás porque está lleno de estatuas de sal y me dan asco. La vida está enfrente. Siempre enfrente. ¿No la miras?

Carlos: Tienes razon: si nos la pasamos tan bien, ¿para qué engranarnos?

Judith: Te digo.

Carlos: Oye, el otro día estaba pensando que a mí nunca me has pintado.

Judith: Por si no te has fijado, yo no pinto gente. Pero me gustaria hacer un ejercicio pintando un orgasmo en la parte donde te chocaron el otro dia. ¿Como ves?

Carlos: No, ni madres. Que un carrocero le iguale la pintura. O quizas lo pinte todo de negro. Aprovechando. ¿Tienes lana?

V
ACLARANDO
Carlos, Jose Luis y Aurora

Carlos: Oiga, psst, psst. Oiga, ¿sí podría venir un ratito, por favor?

Jose Luis: ¿Yo?

Carlos: Sí, usted.

Jose Luis: Tengo prisa.

Carlos: No se trata de nada malo. Venga.

Jose Luis: No puedo, voy con mi esposa a arreglar un asunto.

Carlos: Pues por eso le pido que venga. Es una cosa de hombres. Con todo respeto, señora.

Jose Luis: No, no, de veras, no.

Carlos: No es nada que implique broncas. No le quito dos minutos. Deme un ratitito de su tiempo nada mas. Es más, le conviene. ¿Le permite, señora?

Jose Luis: Está bien. Espérame aquí, mi amor. ¿Qué pasó, por qué tanto misterio?

Carlos: Qué difícil es usted. No entiende que no podía decírselo delante de su señora. Es por lo del choque del otro día. Ya sabe, ¿no? Yo creo que con discreción podemos arreglarnos. Esta es mi tarjeta, si quiere usted me habla o deme su telefono y dígame cuándo quiere que le hable. Se fue usted a la mala, oiga. Yo entiendo, tambien soy hombre. Aunque yo no estoy casado. Pero si no es por mi buena memoria, usted sale limpio y yo con mi coche todo chocado. Ni modo que sea mentira, ahí estan las placas, el modelo y el color. Si no hubiera estado en un motel, salgo tras de usted en chinga y lo alcanzo y me paga, ¿eh? Pero como le digo: Entiendo que esos lugares son de discreción y de solidaridad gremial, ja,ja,ja,ja,ja. Me la jale. Es una broma.

Jose Luis: Mejor yo te hablo. Oye, ¿y se abolló mucho el tuyo?

Carlos: Pues más o menos. Ahí usted lo va a ver. Tal vez haya que cambiar la cajuela. De todos modos yo creo que se amoló mas el de usted. ¿No le

llego el madrazo al motor? Por mí no hay problema, me paga lo justo, nomás. Yo no quiero abusar de las circunstancias. Lo justo. Oiga su esposa ya está como nerviosa. Ahí dígale que era alguien que quería chamba o cualquier pendejada.

Jose Luis: Sí, sí, sin broncas. Esta es mi tarjeta, pero nada más para que me ubiques. Yo te hablo mañana temprano.

Carlos: Ya vio cómo no era nada malo. Al contrario. Señora, listo. Gracias por prestarme a su marido. Eso sí se oyo feo, ¿no? Adiós, que arregle su asunto.

Jose Luis: Mañana te hablo y rapido solucionamos eso.

Carlos: Sí, hasta mañana. Tambien vendo seguros, ¿eh?

VI
EL CAFECITO
Aurora

Aurora:

Está bonito este lugar. Muy acogedor. ¿Quién lo propuso? ¿La Cuquis? No, no le estoy sacando la vuelta a nada, no tengo por qué; estoy disfrutando del lugar, nada más. Y del café, y el servicio. Todo se presta para platicar a gusto, y quise decirlo, nada mas. Pero ustedes, si no van directas al mitote, no están en paz. ¿Cuándo van a dejar de ser Las Pelonas de la preparatoria? Ya estamos mayorcitas, ubiquémonos.

Ay, amigas, no me dicen nada nuevo. Ustedes piensan que yo soy tonta, pero no, nada de eso. En ese caso serían tontas todas ustedes también. Y de paso las que les contaron el chisme. Conozco a mi marido, le leo el pensamiento, sé dónde anda y en qué pasos se enreda. ¿Me puedes pasas la azúcar, por favor? Cuando él va, yo ya vengo. La light. Gracias. Según ustedes me traen el gran chisme. No,mujeres, eso lo sé desde hace mucho. No sólo sé que aparte de Judith, mi hija, hay otra Judith; también sé otras cosas, quizás más fuertes. Como ustedes saben de sus maridos pero prefieren hacerse tontas. ¿A poco no? Nos callamos eso, como nos callamos los chanchullos que hacen en el trabajo y la forma en que se hacen del dinero que traen a la casa. ¿A poco no? Pero, ¿qué le queda a una? Aguantar. Ya se metió una en esto. A ver tú, Twinki, ¿no sabes nada de lo que hace tu marido? ¿Crees de verdad que el carro que te cambia cada año se lo gana con su puro sueldo? Ahí está. Y eso por decir lo menos. Espérate, no pidas la cuenta todavía, quiero probar la tarta de manzana. Tenemos que reconocer amigas que todas sabemos todo de nuestros maridos pero, francamente, nos hacemos pendejas. No nos queda de otra. Ni modo que a estas alturas nos pongamos a reclamar. Joven, me trae una tarta de manzana, por favor. ¿Arriba? Cajeta. Mejor voltea una para otro lado; para donde están los hijos, por ejemplo. O para los centros comerciales, a llenarse de cosas que no

ocupa. No sé, cada quien. Yo, por ejemplo, me meto a decorar mi casa lo mejor posible, a hacerla un huevito cómodo porque ahí dentro vivo y quiero estar feliz. Es todo. Uy, esto está enorme. ¿La compartes conmigo, Luzma? Acerca tu plato. Así es la cosa, amigas. Además, no puede ser de otra manera, ¿se dan cuenta? Hacerse las tontas y que el mundo ruede. Pero que quede claro, nos hacemos las tontas, no somos. Por eso yo creo que entre nosotras debemos cuidarnos. ¿Qué sentido tiene que yo mortifique a La Cuquis diciendole “oye ya te enteraste que tu marido anda haciendo esto y aquello y lo de más allá?” Si ya sé que ella misma lo sabe sin que yo se lo cuente. Lo sabe y lo soporta. Eso no la lastima. Lo que puede dañarla es enterarse de que yo lo sé y de que lo endo por ahí contando para reirme de ella. Ya, ya se que ustedes no lo hacen con esa intencion. ¡Claro que yo tambien las quiero! Vamos a seguir siendo “Las Pelonas” hasta que de veras se nos caiga el pelo: Unidas, juntas y ayudándonos. ¿O no? Quién quiere este pedacito, a mí ya no me cabe un bocado más. Ay, amigas, no se queden tan serias, me voy a sentir mal. Siento que les eché a perder el cafecito. Ánimo, la vida es así y así es bonita. Brindo con café por “Las Pelonas”, para que siempre estemos juntas.

VII
AMOR OTRO
Carlos y Judith

Judith: ¿Nunca la había visto?

Carlos: Sí, sí, la conocía, pero nomás de lejos, ahí del barrio donde vivían, nada más.

Judith: Entonces, ya habían hablado.

Carlos: No, no, nunca habían platicado. De casualidad se la encontró en el bar. Ella estaba sola, te digo.

Judith: ¿Entonces?

Carlos: Déjame que te cuente, pues, así nos vamos a quedar aquí horas.

Judith: ¡Uy!. Adelante.

Carlos: Se habían visto, pero nunca habían platicado y se encuentran en el bar. Este se le acerca y le saca plática.

Judith: ¿Quién es “este”?

Carlos: ¡Pues mi amigo, chingado, el que te digo que me platicó! No lo conoces.

Judith: Ah.

Carlos: Pues se echan unos tragos, la platicuita y tal. La cosa es que acaban en un motel. Pues llegan y empiezan acá en el cachondeo y ella le dice “pégame”. Mi amigo se saca de onda y le dice que no, que tranquila. Pero ella le contesta que así le gusta, que le pegue, que no hay bronca. Pero no es que haya bronca o no, lo cosa es que él se siente mal. No quiere pegarle. Y aquella necia con que si no es así, pues mejor no. Pues dice el güey que se hace a un lado y que le dice que lo espere. Va al coche y saca el pomo de tequila que trae y lo sube. Se da un farolazo, se da otro. Bueno, dice que se puso hasta las chanclas.

Judith: ¿Y mientras? ¿Ella?

Carlos: Pues igual, se entequiló más de lo que ya andaba. Y pues, más quizo los madrazos. A la hora que retomaron el asunto mas pedía los golpes.

A chingue y chingue con que pégame y pégame. Pues dice aquel cabron que ya borracho le zorrajó un putazo en la cara, y ella feliz pidiendo más madrazos. Y este güey, mientras se la cogía, le daba madrazo tras madrazo. Y la vieja feliz, calientísima.

Judith: Sí, cómo no.

Carlos: Bueno, yo nomás te estoy contando lo que me platicó. Pero espérate, viene lo bueno. Dice que se quedó bien dormido, jetoncísimo. Entre la borrachera y la cogida a putazos, imagínate. No supo ni qué onda. En la mañana que se levantó vio a la mujer a su lado y se espantó; la cara hinchadísima, bañada en sangre. Se dió cuenta que la había matado. Se puso muy nervioso, le pasó por la cabeza llamar a la policía, a la administración del hotel, a mí para que lo aconsejara. Finalmente optó por lo mas fácil: Se vistió, se subió al carro y se fue. Estuvo encerrado en su casa, bien nervioso, asomándose nomás por la ventana y saliendo a la carrera por el periódico a ver si traía algo de la muerta en el motel o una onda así. Pues no, nada. Como al cuarto día, salió a hacer su vida normal. Y lo primero con lo que se topa el pendejo es con la pinche vieja caminando muy oronda, como si nada. Eso si, con la cara toda morada. Aquel dijo “no hombre, esta se me va a dejar venir encima con todos los reclamos del mundo”. Pues resulta que no. Muy humildita, no le reclamó nada de los golpes. Nomás le dijo que no estaba bien que la hubiera dejado en el motel si sabía que su carro se había quedado en el bar. Que tuvo que pedir un taxi y no se qué peripecias. Que cuándo se volvían a ver, porque se la había pasado muy bien y quería repetir la experiencia. Nada más que ahora se iban a ir en el carro de ella. ¿Sabes que le dijo?

Judith: ¿Mnn?

Carlos: Que había pensado mucho en él, porque ningun hombre la había tratado exactamente como a ella le gusta. Que cada vez que se veia en el espejo se excitaba pensando en él.

Judith: ¿Y por que me cuentas eso?

Carlos: No sé, es una historia que me ha dejado pensando desde que me la contaron.

Judith: De seguro te identificas con la mujer. ¿Quieres que te agarre a madrazos?

VIII
ACLARANDO II
Jose Luis, Carlos, Aurora.

Carlos: Adios, que se arregle su asunto.

Jose Luis: Mañana te hablo y rapido solucionamos eso.

Carlos: Hasta mañana. Tambien vendo seguros, ¿eh?

Jose Luis: ¿No que te habían chocado mientras estabas estacionada, idiota? Estabas metida cogiendo en un hotel, puta, ese pendejo me lo acaba de decir.

Aurora: No es cierto.

Jose Luis: Ah, todavía lo vas a negar. Si se aprendió tus placas, el modelo, y el color y pues, ahí esta el choque. ¿Quieres más pruebas. ¿Qué quieres? ¿Seguir tratandome todavía como tu tarado? ¿Eso quieres, hija de la chingada?

Aurora: Cálmate, José Luis, vamos a platicar esto en la casa.

Jose Luis: ¿Para qué? ¿Para que la gente no se entere que me pones los cuernos? ¿Para que la gente siga creyendo que Aurorita es una santa? ¿Para eso? ¿Tu crees que no lo saben ya todos y que el unico que pasa como rematado pendejo soy yo? Ahí estoy yo siempre poniendo mi carota para que dejen en paz a la santa de mi mujer, para que me salgas con esto. Puta madre, cuándo me lo iba a imaginar. Qué bien te la jugaste, ¿eh? Qué bien me la jugaste. Te felicito. Lograste lo que querías: Hacerme mierda.

Aurora: ¿Y tú, tú no me hiciste nada?

Jose Luis: Yo qué te hice, Aurora, yo qué te hice. Nada. Cuidarte, nada más, protegerte. Eso es lo único que he hecho por ti. Eso.

Aurora: No llores, no me gusta que llores.

Jose Luis: No, no voy a llorar. Me voy a soltar riendo, feliz por ser el cornudo más pendejo de esta pinche ciudad. No te burles de mi, Aurora, no te burles.

Aurora: No me estoy burlando, quiero que hablemos en otro lado, no en la calle.

Jose Luis: Cállate, pendeja, cállate. Yo te voy a enseñar a respetar a la familia, a respetar el matrimonio. A mi hija, chingado. ¿Cómo le vas a decir a Judith que eres una puta, eh? ¿Cómo?

Aurora: No me pegues, eso sí que no. No me pegues, te digo.

Jose Luis: No sé qué hacer. No sé qué hacer. Se me cayó el mundo.

Aurora: Lo único que no debes hacer es este escandalo. Vámonos a la casa a platicar. Levántate, José Luis. Toda la gente te está viendo. Levantate. Vamonos.

Jose Luis: Yo a esa pinche casa no vuelvo. Tú le explicas a Judith.

Aurora: ¿A cuál de las dos, eh? ¿Eso es lo que quieres que te pregunte? ¿Eso es lo que quieres que te responda? Le voy a explicar a Judith que su padre la suplanta en las reuniones por una chamaquita con la que se está acostando. Eso le voy a explicar.

Jose Luis: Óyeme no, Aurora. Eso sí no te lo voy a permitir, que quieras seguir tratándome como idiota y voltearme ahora la tortilla. Ahora resulta que la ofendida vas a ser tú, cuando tenemos que ir a la agencia a cambiarle a tu carro la defensa que chocaste en un motel. Yo te voy a pagar el choque de tu amante o de tus amantes, ya no sé. No te hagas la viva porque ahora sí vas a saber lo que es no aguantarme y agarrarte a chingadazos.

Aurora: ¿Por qué no, eh? Por qué no? Por qué tu sí tienes derecho a reclamar y yo no. O crees que Aurorita no es a los ojos de todos la pendeja que el marido le pone los cuernos mientras ella cocina y cuida la casa y va a misa. La santa idiota. Pues ya no, fíjate.

Jose Luis: Ah, bonita pendejada. O sea que lo tuyo es competencia para ver quién gana. ¿Estas compitiendo conmigo, Aurora? ¿Estás compitiendo?

Aurora: No, no estoy compitiendo, fíjate. Quise nada más salir al mundo, más allá de las comidas del domingo. Eso fue. Y no me arrepiento. Aunque te duela y llores: No me arrepiento.

Jose Luis: Así que era competencia. Pues ganaste, Aurora, ganaste. Saliste mucho más cabrona y puta que yo. Ahí se lo explicas a tu hija, porque a mi me da mucha vergüenza.

Aurora: Sí, yo le explico. A lo mejor como mujer me entiende. Nomás me haces el favor de explicarle tu lo de las dos Judits.

Jose Luis: Chinga tu madre, pendeja.

Aurora: Te espero en la casa cuando te tranquilices. Tenemos que hablar calmados.

Jose Luis: Ya dije: Yo a esa casa no vuelvo.

Aurora: Allá te espero.

IX
ARREGLANDO EL CHOQUE
Aurora y Judith

Judith.- Señora, yo...

Aurora.- Lo sé, mijita, no es tu culpa. Yo hasta te puedo ver como mi hija. Que, además, por si no lo sabías, se llama como tu y es de tu edad.

Judith.- Sí lo sabía, sólo que no tiene ningún sentido...

Aurora.- Lo sé, lo sabemos. No estoy aquí para reclamos, hija, sino para agradecimientos, de veras. José Luis es como un niño berrinchudo y yo me cansé de cuidarlo; esa es la verdad. Si algo tengo hacia ti es agradecimiento. Yo sé cómo lo cuidas y sé también a cambio de qué. Sé todo.

Judith.- No lo sabría por mi, señora, porque yo lo menos que quiero son problemas.

Aurora.- Una cosa de estas nunca se sabe por los implicados, hija. Se sabe por los ociosos, por los inútiles, por los que no tienen nada qué hacer.

Judith.- Pues, sí.

Aurora.- Ahora lo que quiero es agradecerte y decirte que José Luis ya sabe que sé. A lo mejor viene asustado a decirte que quiere terminar con todo, que quiere aplacarse para estar bien en su casa. No lo dejes, hija, ese sería mi infierno. ¿Qué hago yo con ese hombre metido todo el día en la casa cuando nunca estuvo ahí? Libérame de él como lo has hecho hasta ahora. Te lo pido de favor.

Judith.- Señora, yo con mucho gusto, pero esa es una desición de él, yo no puedo hacer nada. Según él tenía todo bajo control y ya ve, resulta que está en nuestras manos. A mí todo me parece tan extraño...

Aurora.- Sí, es raro. Que la esposa le esté pidiendo a la amante jovencita que la ayude llevándose a su marido, es raro. Pero si vivieras la vida que yo llevo, te parecería lógico, muy lógico.

Judith.- Me imagino: Un infierno.

Aurora.- Con él ahí, sí. Sin él, un paraíso.

Judith.- Le voy a decir la verdad: Me cayó usted muy bien. Intuyó que trae por dentro unas cosas que ya quisiera yo para pintar un cuadro muy heavy. Así que le voy a jalar los hilos a su José Luis, y se lo voy a consolar, para que pueda usted estar tranquila, encerrada en su casa. ¿Y qué ofrece a cambio?

Aurora.- Lo de siempre, hacerme de la vista gorda, pretender que no sé. Aguantar.

Judith.- Ay, señora, cómo nos gusta a las mexicanas el melodrama.

Aurora.- Pues sí, hija, qué le va una a hacer. ¿No te ha buscado, verdad?

Judith.- No y no sé donde encontrarlo.

Aurora.- No te preocupes, mijita. Yo hago lo necesario para que te hable. Tu nomás atiéndelo.

Judith.- Bueno, señora, trato hecho. Mis respetos para usted. Adiós.

Aurora.- Adiós, ¡Judith! ¡Hija! Qué bueno que me hablas. Sí, pero el celular te va a salir en ojo de la cara. Sí, y a mi también me cobran por llamada recibida. Mejor háblame después. Pues sí, hija, pero ¿qué puedo hacer yo? Ya sabes cómo es tu papá. Sí, muy feo. Pues, es lo que digo. Seguir igual: Él en lo suyo y yo lo dejo y que me deje hacer lo mío y vamos juntos a las fiestas de él. Ay, no, no, y creo que tampoco él quiere. Pero se pone fatal. A ratos como que sí y luego vuelve a lo mismo. Mira, tu lo conoces mejor, hija..... Sí, Judith, pero eso te corresponde a ti, hija. Apacígualo. En el fondo sólo te oye a ti. ¿Cómo te voy a contar por todo lo que pasó? Yo qué o qué cosas. Lo normal. Lo que toda mujer encerrada quiere hacer; eso hice. No, no te lo voy a contar por teléfono. Y menos por celular. Después con calma platicamos. No, no me hables a la casa. Mejor habla primero con él. Oye, ¿por qué no vienes? Pues sí, hija. Pues, sí, como siempre. Pase lo que pase, una cosa es cierta: La vida sigue. ¿Entonces?

X
ARREGLANDO EL CHOQUE II
Carlos y José Luis

Carlos.- Yo francamente pensé que nunca te iba a volver a ver; después del broncón

José Luis.- Yo soy hombre, pago mis deudas.

Carlos.- Pues sí, pero francamente, pues no es deuda tuya, sino del que iba manejando. Digo, yo no me quiero meter en lo que no me importa.

José Luis.- Tienes razón. Pero el que iba manejando ya no va a manejar. Eso ya lo arreglé.

Carlos.- Y de qué manera.

José Luis.- A mi manera.

Carlos.- Ahí sí que prefiero mejor no saber.

José Luis.- No te escames, tampoco he matado a nadie. No va a poder manejar, nada más.

Carlos.- ¿Y otras cosas?

José Luis.- ¿Como qué?

Carlos.- Como meterse a los moteles con la mujer de otro.

José Luis.- Eres hocicón, tú, ¿verdad? Pero me caes bien, cabrón. No, no va tampoco a poder hacer eso. Su última vez en el motel ya pasó. Y no fue con mi mujer. Fue con mis amigos. Ahí le enseñaron a respetar.

Carlos.- Insisto, prefiero no saber. Si lo sé, a lo mejor ni ganas me dan de cobrar lo del choque.

José Luis.- No hombre, cómo crees. Yo soy rebuena gente. Nada más que tampoco soy dejado. Me aseguré de que mi vieja regrese a la casa y de que ya no le den ganas de salir. Que no tenga a qué salir, más bien.

Carlos.- Yo hasta aquí llego. Mejor no me cuente. Lo del arreglo del carro no estuvo nada caro.

José Luis.- Nomás déjame que cuente lo que le hicimos. Pa' que sepas lo que se le debe hacer a un cabrón que se mete con tu mujer.

Carlos.- Después, después me cuentas. Ahorita lo del carro. En realidad fueron nada más quinientos dólares.

José Luis.- Aquí los tienes, para que ya no pienses que soy mala onda. Yo soy responsable, buen padre de familia y pago mis deudas. Cuéntalos, son quinientos dólares. ¿De acuerdo?

Carlos.- Sí, sí, está bien. Quinientos dólares.

José Luis.- ¿Listo, entonces?

Carlos.- Listo, ¿para qué?

José Luis.- Para que te cuente muchacho, para que te cuente. No quiero que andes por ahí con la idea de que se rio de mí, de que ese cabrón se quedó con la última palabra.

Carlos.- Pero si yo no pensaba hacer eso. A mi no me importa.

José Luis.- Por si las dudas. Siempre es mejor asegurar. Si por mi hubiera sido, te hubiera llevado para que vieras, para que no te cupiera duda.

Carlos.- Yo le creo.

José Luis.- Cómo que "le" creo. Me estabas hablando de tú y ahora me vas a hablar de "usted".

Carlos.- No, no, fue un lapsus.

José Luis.- Pues agarramos a este cabrón y los llevamos a un motel. Para que ahí aprendiera lo que se le hace a un cabrón que se mete con tu vieja.

X
ACLARACIÓN FINAL
Judith y Carlos

Carlos.- Entonces, dice que estando ya en el motel, lo tuvieron ahí horas. Golpeándolo primero con un marro, despacio, en las muñecas para que ya no volviera a menejar. Hasta que le quebraron los huesos. Muy cabrón.

Judith.- ¿Y por qué no gritaba este si estaba en un motel?

Carlos.- No seas mensa:Le amarraron un trapo en la boca, después de meterle una pelota. Como en las películas sado, pues.

Judith.- Ya vas a empezar.

Carlos.- No, cómo crees. Te estoy contando. Déjame.

Judith.- ¿Y si primero te cuento yo una cosa loquísima que me pasó hoy con la mujer de...

Carlos.- No, no seas mala, estoy en lo más cabrón de la historia. No es posible que no te interese.

Judith.- No es que no me interese, pero lo que yo te traigo es más cabrón todavía, porque tiene que ver directamente con nosotros. Pero está bien, tienes razón: Termina.

Carlos.- Muchas gracias. Dice que después de quebrarle las muñecas, con una navajita de rasurar, le estuviera mutilando la verga. Arrancándole pedazos finitos, haciéndole incisiones como de cirijano. Horas estuvieron así. Se les desmayó y lo revivieron. Después lo curaron para que no se muriera y lo fuera a tirar hasta Jalisco. Bien amenazado con que el resto del trabajo sería para su familia si se ponía felón.

Judith.- Ay, cabrón, ese fulano está de miedo. ¿Y cómo se llama o quién es o qué chingados? Mejor ni le hubieras cobrado nada.

Carlos.- Fue lo que quise hacer, pero ya no me dejo. Se aferro a que escuchara su historia.

Judith.- Pues en eso se parece a ti. Esa pinche manía de contar historias cochinas ligadas con torturas y no sé cuántas cosas. ¿No será tu pariente? ¿Cómo dijiste que se llama?

Carlos.- No sé, por aquí dejó su tarjeta. Esta es, mira. Pues se llama José Luis el güey, para acabarla.

Judith.- Puta, como eres imbecil. ¿Y no le viste los apellidos?

Carlos.- Sí y qué tiene.

Judith.- Pues son los de José Luis.

Carlos.- ¿Los de nuestro José Luis?

Judith.- Pues, sí, baboso.

Carlos.- Y yo qué voy a saber. Nunca supe los teléfonos de José Luis.

Judith.- Tu nunca sabes nada. Puta madre. Ahora sí: Aquí empieza la historia.

FIN